EL BUITRE EGIPCIO.

El paralelo que los mamíferos y las aves han sugerido á algunos naturalistas, tal vez no ha tenido jamas mejor fundamento que cuando se ha comparado á los buitres con el lobo, la hiena, ó el chacal, animales que, por decirlo así, tienen el encargo de limpiar la tierra de inmundicias desembarazándola de cadáveres y restos corrompidos, que á no ser por ellos inficionarían el aire con exhalaciones pestilentes. Sin embargo, el carácter

del buitre no es tan feroz como el de los cuadrúpedos análogos á él. Estos acometen á los seres vivientes con una ansiosa sed de sangre, mientras que los buitres solo sacian su apetito en los despojos de animales muertos. Es una felicidad para ellos el que rara vez les falte su alimento en las comarcas en que abundan. Acuden á bandadas desde muy lejos á posarse sobre los cadáveres que quedan insepultos despues de una batalla, y la muerte de un animal en medio del campo es ocasion de un gran banquete en que se reunen innumerables convidados. Desde las elevadísimas regiones en que revolotean cerniéndose con sus inmensas alas desplegadas, se precipitan sobre su presa, y por lo comun se atracan hasta el estremo de no poder volver á levantarse de la tierra cuando quieren. Por lo demas, solamente cuando se ve ostigado por el hambre es cuando el buitre sale de su apatía para pensar en buscarse el alimento: remóntase entonces hasta perderse de vista, estiende sus alas sin agitarlas, se cierne describiendo estensos círculos, y esplora la superficie de la tierra. Sucede muchas veces que está el cielo sereno enteramente y sin que en todo su espacio alcance á descubrir la vista ni señal de ave alguna, y sin embargo lo mismo es caerse muerto un animal ó dejar arrojados algun cazador los desperdicios de la comida de sus perros, que centenares de buitres bajan de las nubes como llovidos, y se colocan al rededor del festin.

Cuestion es que no se ha resuelto todavía si es el gran alcance de la vista ó la mucha finura de su olfato la que asi conduce á estas aves desde el punto mas elevado del firmamento ó desde una estremidad del horizonte hasta donde se halla su comida. Los antiguos escritores clásicos estan llenos de pasages que atribuyen al buitre la vista mas sutil y penetrante; opinion á que da bastante fuerza el desarrollo observado en este animal en los órganos pertenecientes al sentido de la vista, por lo que Waterton y otros la han adoptado, pero Audubon la tiene por errónea, sosteniendo de acuerdo con Levaillant que la estraordinaria viveza del olfato es la que hace al buitre descubrir su presa á tan larga distancia.

Oigamos á Buffon describir magníficamente la diferencia que hay entre los hábitos del buitre y los del águila y otras especies belicosas de las aves de rapiña: "Se ha dado, dice, á las águilas el primer lugar entre las aves de rapiña, no porque sean mas fuertes y mayores que los buitres, sino porque son mas generosas, es decir, con menos bajeza crueles; sus costumbres son mas arrogantes, sus acciones mas atrevidas, mas noble su valor, pues que á lo menos tienen tanta aficion á la guerra como apetito de devorar su presa. Los buitres por el contrario no tienen mas instinto que el de la voracidad y villana glotonería, y apenas combaten á los vivos sino cuando no tienen muertos en que saciarse. El águila acomete á sus enemigos ó á sus víctimas cuerpo á cuerpo; sin auxilio de nadie los persigue, los combate y se apodera de ellos. Al contrario los buitres: á la menor sospecha de que pueden encontrar resistencia, se reunen en cuadrilla como cobardes asesinos; mas que guerreros son salteadores, mas bien pájaros carniceros que verdaderas aves de presa (1); porque solo ellos en este género son los que se juntan para dar muchos contra uno; solo ellos se encarnizan con los cadáveres llegando al estremo de destrozar hasta los huesos; y las materias infectas, corrompidas, lejos de repugnarles tienen para ellos mucho atractivo. Los gavilanes, los halcones, y hasta los pajarillos mas pequeños, muestran mas valor, porque van á cazar solos, los mas de ellos se desdeñan de comer la carne muerta, y rehusan de todo punto la que ya está corrompida."

Ese cuadro, como todos los que pinta Buffon, es de brillante colorido; la descripcion que hace este elocuente escritor de las costumbres de los buitres y su comparacion con las de las otras aves, tiene mucha verdad; pero séanos permitido atribuir únicamente al deseo de amenizar su estilo el prodigar tantos elogios á los unos y manifestar tal desprecio hácia los otros. Segun las miras de la naturaleza, todo está bien arreglado, y el buitre con sus hábitos repugnantes llena las funciones que se le han impuesto de purgar la tierra de cadáveres para evitar que corrompan el aire. Si el buitre fuese un pájaro guerrero como el águila, si como ella acometiese á los animales vivos, iria directamente contra el objeto de la naturaleza, pues que contribuiria á aumentar el número de los cuerpos muertos. Se le acusa de reunirse en cuadrilla para devorar su presa, sin echar de ver que esta es una propiedad muy útil porque de esa manera queda libre la tierra prontamente de los despojos de los animales que cubren su superficie. No nos dejemos, pues, estraviar por las apariencias y preocupaciones, y no ensalcemos tanto la supuesta magnanimidad del águila que no hace mas que obedecer ciegamente á su instinto, como el buitre obedece al suyo; pues que donde no hay parte moral ó intelijencia, no hay objeto tampoco de alabanza ni de vituperio.

La gran familia de los buitres se halla esparcida por todo el globo, pero abundan especialmente en los climas cálidos, es decir, donde son mas necesarios para desembarazar los campos, las poblaciones cortas y aun las ciudades, de las sustancias animales en que empieza la putrefaccion. Bajo este respecto el Egipto le debe mucho al hermoso pájaro que nuestro grabado representa. Este buitre que es el mas pequeño de los del mundo antiguo, pertenece á una de las especies mas numerosas. Se le encuentra principalmente en Egipto y en los paises mas cercanos á él de Europa, Asia y Africa; se le ha visto tambien en Italia y en Suiza, y una vez en 1825 mataron uno en el condado de Sommerset en Inglaterra. Apenas hay viagero que no hable con aprecio de lo útiles que son estos buitres en Egipto, donde contribuyen con los perros vagamundos á purgar las calles de toda clase de inmundicias. No eran menos estimados sus servicios en la antigüedad que en los tiempos modernos, pues se les contaba en el número de los animales sagrados, y frecuentemente se les ve representados con esmero en los monumentos del antiguo Egipto, de donde les vino el nombre de *pollos de Faraon*. El buitre egipcio, compañero fiel de las caravanas á quienes acompaña de pueblo en pueblo, visitador asiduo de los mataderos, industrioso para descubrir los restos de los animales muertos, merece la atencion de los hombres, á lo menos por su utilidad pública, y en efecto se aprecian sus servicios, si no adorándole como á otros animales en aquel pais, á lo menos estimándole como á un bienchechor. En las cercanías de Gibraltar y todo el medio dia de la España se le encuentra todos los años en gran número y es probable que pase en Africa el invierno. Viagero hay que dice haber visto de estos buitres en las inmediaciones de Sevilla siguiendo los pasos del arado para comerse los gusanos que quedan descubiertos al revolver la tierra.

Las ámplias y largas alas del buitre egipcio le dan una admirable fuerza para volar, y le permiten arrancar el vuelo con estraordinaria ligereza. Sin embargo, cuando se ha atracado como de costumbre, le sucede lo que á los demas buitres que de puro pesado y entorpecido apenas

(1) Traducimos aquí á Buffon casi literalmente, porque la denominacion de *aves de rapiña*, propia de nuestro idioma, tiene mas analogía con el bajo concepto que el naturalista tenia formado de la índole del buitre, que con la nobleza y valor guerrero del águila.

puede levantarse de la tierra y en este estado es muy fácil el cogerle; pero no tan agradable como fácil porque exhala un hedor insoportable y por las narices destila un humor pestífero.

El tamaño de esta especie de buitre es un poco mayor que el de los cuervos y tiene cerca de seis pies de estremo á estremo de las alas. El plumaje cuando llega á completarse es de un blanco uniforme, á escepcion de las guias que son negras; la pechuga y los lados de la cabeza estan desnudos y dejan ver una piel de un amarillo lívido. Los ojos son negros. El plumage no llega á este estado sino por cambios sucesivos, despues de haber sido oscuro, y haber tomado en cada muda tintas mas ó menos claras. Anida en parages elevados, en los huecos de las rocas, pero sus huevos no han sido descriptos todavía.

PANORAMA MATRITENSE.

LA ALMONEDA.

« Venus, la Diosa de Chipre,
ya es matrona genovesa,
guarismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»
GÓNGORA.

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mencion *D. Policarpo de la Transfiguracion Omnibus de los Santos*, sugeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias substanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo así, un verdadero mosáico de cualidades tan varias y hetereogéneas que causarian la desesperacion del químico que intentára analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios renegó del latin y se hizo poeta. Luego vino la patria á requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos Bártulos, y guerreó en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los viages, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores; por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antesalas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á enviudar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo; si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligacion mas que la de todo fiel cristiano.

Ya en fin que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel estremo de felicidad á que siempre habia aspirado. Pero muy luego empezó á fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado como lo estaba de toda su vida á una ocupacion contínua, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una paralisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su genio natural triunfan al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este, y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy dia es el hombre mas ocupado que conozco, sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche, y tan pronto se le vé disputando políticamente en un corrillo de la puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo, ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera. No hay boda desde la calle de S. Anton hasta la de Carretas, desde Afligidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario ó presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, ó imprimirá las esquelas ó tendrá en la pila al recien nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y les habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante ira á la del que cayó, y consolará á la Señora, y declamará con el Señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que el no vaya á visitar en el calabozo; si hay junta de acreedores, el quedará nombrado síndico, si demanda de divorcio el será el juez árbitro entre ambos consortes, y si juicio de conciliacion por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por hombre bueno. Ni puede haber ruptura de amantes que el no componga, ni mudanza de habitacion que el no dirija, ni cofradía en que el no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le encaje. ¿Se habla del fuego? sucedió cabalmente enfrente de su casa; ¿se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los *puyazos* y de los *volapies*; en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo; en los desafios arregla el almuerzo; en el teatro es presidente *nato* de toda comision de aplausos; en las esposiciones de pinturas habla de *formas* y *coloridos*; en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojeos ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad, asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex cátedra*; ni hay reunion que no someta fácilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publicar una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre si no quieren pasar incógnitos ó criticados, porque su opinion es la opinion normal de un sinnúmero de admiradores que si él dice: "¿Fulano, el médico? ¡valiente majadero! fue la causa de la muerte de un amigo *mio*!» todos repetirán *en coro* que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que

tal ó cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como pudieran hacerlo de un lazareto.

El *en fin* se reproduce en términos que es imposible dar un paso hácia atras ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, allí le ha de ir á buscar, y aun saliendo de Madrid á viajar, él es lo primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto que dias pasados habiendo subido á la torre de Santa Cruz, me pareció desde allí que le veia á un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba, y me perseguia como una aparicion fantástica, inevitable, imposible, semejante á una obstinada pesadilla ó al ruido sempiterno y monotono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran), proporciona esta pícara farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Londres ó en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la Intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó billetes del tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que segun mi opinion ninguno puede competir en *substancia* con aquel *substancioso* papel, y aun si me apuran no duraría en asegurar que los mas de los lectores darían de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman *de fondo*, por cualquiera de los *de fonda* que amenizan al Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio, y era para servir á VV. que aquella mañana (una mañana, la que VV. gusten) caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar á su pajina tercera con el anuncio de una *almoneda*..., y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir una casa, á donde sin disfraz de ninguna especie se dice «Aquí todo se reduce á maravedis.»

Verdad es que no teniendo que mudar de habitacion, ni abrir tienda, ni recibir huesped, en rigor nada tenia que comprar; mas sin embargo, ¿quien resiste á la tentacion de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata.... ¿que no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad y asi que no dejo pasar una ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llamaban la atencion. Y era tal mi calor, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda) no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaría nuevos en cualquier tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo me hice por lo que yo creia poco dinero con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *madera* con vino de Chinchon, compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que faltaban, y sin reparar que no me cabian en toda la casa, compré unos almarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojos mios tuvo la culpa un maldito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelacion:—«¿Caballero, lleva V. eso ó no?»;—con lo cual temiendo vermelo arrebatar de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvia ojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de esta á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar música á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera y.... estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro.... alzo la cabeza.... ¿y á quien dirán VV. que vi? pues era nada menos que al mismo *D. Policarpo Omnibus*, en persona.... ¡Si era preciso!.. Allí estaba tambien él.

¿Que traes por aquí señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia que es de los que tutean á todo el mundo.)—No traigo sino llevo, Señor D. Policarpo—Veamos que—Y me sujetó á un escrupuloso examen de todas mis mercancías probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad me empezó á encajar la historia de aquella casa, y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenia al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia á virtud del trasiego jeneral de funcionarios tan frecuente en estos tiempos.—Era muy amigo mio, añadió y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aquí para averiguar una dudilla.... y al decir esto todo se le volvia entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y D. Policarpo flechándoles uno á uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él....—A tus pies Mariquita—Ola, perillán, tu por aquí....?—¿Y tambien el condecito?.... vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos.... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él)—Mira, curioso, tu que todo lo cuentas ¿ves aquella pareja exigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se miran á todos los espejos, y el lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y el la derecha y ella la izquierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que estan poniendo casa, y.... advierte con que tierna solicitud el recien marido hace que ella se siente de vez en cuando sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira como repara en sus ojos esforzándose á leer en ellos algun antojo para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el embés.... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos como ojea ese libro para que creamos que entiende el griego, pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas.... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos.... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Semiramis* y *de Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de oro? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novísima? pues ya hace seis

años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio.... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí....—Y sin darme lugar á responder me arrastro por las piezas interiores hasta que llegando á un gabinetito cerrado miró por la ventana, y apartándome un poco me dijo al oido. —Aquí está mi dudilla....—Dió dos golpecitos á la puerta....—Quien vá?....—Señora á los pies de V. ¿Da V. permiso para que veamos la habitacion?—No hay inconveniente.—Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heróica y magnífico continente.—¡Oh Fulanita! (esclamó al verla D. Policarpo) no me engañaba el corazon; ¿como? pues no ha acompañado V. á su esposo á su nuevo destino?—y me apretaba el brazo y como que se sonreia el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la Señora—No señor....; hay tantas cosas que arreglar....! y luego los caminos estan tan malos para las damas...!—Y sobre todo si las damas son del talle de V. no estraño yo que acudieran al reclamo todos los salteadores de quince leguas á la redonda.—V. siempre de tan buen humor.—Y V. siempre de tan bella cara....

A decir la verdad yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores á silvar á los canarios ó coger flores de las macetas; cuando de allí á pocos minutos sale mi D. Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegría.... Aquel hombre era otro enteramente.... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio.—Y no te admires de esto (me decia) me quedo con el cuarto, me quedo con los muebles y en cuanto á la Señora.... porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó en Goatemala y....—Con que es decir que se queda V. con la dama tambien? ¿y dígame V., en esa adquisicion ha tenido V. presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda?—Anda, socarron, me replicó D. Policarpo entre mohino y risueño.... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los mios; en cuanto á los demas señores (añadió alzando la voz) escusan VV. de molestarse mas, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo.

Volví en efecto al siguiente dia y me le encontré ya instalado en su nuevo *estudio* que era el mismo gabinete del dia anterior; como tiene confianza conmigo me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la mistificacion fuese completa tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el Ministro por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demas en la casa nada se habia mudado; si no era un retrato en el tocador de la señora y un original en su corazon.

El Curioso parlante.

POESIA.

EL SEPULCRO.

Abre, mansion postrimera
Del hombre, funesta tumba,
Los misteriosos arcanos
Que en tu lobreguez se ocultan.
Abre ese abismo de ciencia
Que en tu cavidad profanda
La mano del tiempo labra
Entre fetidez impura.
Revela el grandioso enigma
Que en vano los sábios buscan
En los seres que decoran
La bella faz de natura.
Con su centella volátil
Nuestras miradas ofusca
La vida, ilusion veloce
Que en la nada se sepulta.
¿Y qué deja en pos? Engaños,
Remordimientos y angustias;
Que los postreros instantes
Con parda tiniebla enlutan.
¡Feliz quien antes contempla
Sin temor, sin amargura,
La morada silenciosa
Que el ser en no ser transmuta!
¡Feliz quien sus documentos
Con pecho tranquilo escucha
Y en su recinto espantoso,
Solaz encuentra y holgura!
Y ¿quién se arredra al mirarla?
Quien siguió de la fortuna,
Sordo á la afliccion agena,
Las suaves imposturas.
Quien en placeres se anega,
Mientras pérfida le arrulla,
Y le acaricia traidora
La voz de lisonja astuta.
Quien las naciones oprime
Con dominacion injusta,
Y en la sangre de los pueblos
Su execrable poder funda.
Quien el lenguage potente
De la alma razon usurpa,
Y supersticion sangrienta,
Y falsa virtud anuncia.
Temblad perversos: en vano
Vuestra soberbia murmura;
Tiempo vendrá en que esa piedra
Por siempre os someta y cubra.
Ved cual mezcla inexorable
Dentro su caverna oscura,
Valor, impiedad, riqueza,
Maldad, inocencia, juntas.
Al guerrero sanguinoso,
Triunfante en acerba lucha,
Y á la cándida doncella,
Flor de gracia y hermosura.
La frente que el lauro adorna,
La mano que el cetro empuña,
Y el seno que palpitára
De deliciosa ternura.
Todo paró en vil ceniza,
Todo en corrupcion inmunda,
Que en fragmentos impalpables
Luego en las auras circulan.
Y á la atraccion poderosa
Que las esferas subyuga
Cediendo, con nuevas formas
En otros seres se mudan.
Asi las leyes supremas
Del órden se perpetúan,
Y asi del vasto universo

La magnífica estructura.
Empero en rejion mas alta
Que sobre el globo se encumbra,
Otras leyes adorables
Rigen las esencias puras.
La puerta de esas regiones
Incógnitas, es la tumba
¡Dichoso quien sus secretos
Con fe y humildad estudia!

J. J. de M.

FORMA DE LOS LIBROS ROMANOS.

Infinitas personas habrá que crean que esos libros de que hablan los escritores antiguos, esas obras de los pasados siglos formaban volúmenes dispuestos y encuadernados como los que usamos actualmente; y este error nos ha parecido conveniente desvanecer dando alguna noticia de la forma que tenian los libros entre los romanos.

Cuando un librero se encargaba en Roma de hacer un libro con los escritos de un autor, lo primero que hacia era proveerse de cierta cantidad de hojas del *papyrus*, ó bien de pergamino, de que usaban en vez de papel; despues las encolaba unas á continuacion de otras de manera que formasen una larga tira ó banda, y despues de bien secas, quitaba con piedra pómez las asperezas y rebaba de la cola. Acabados estos preparativos, se dividia la tira aquella con líneas trazadas á distancias iguales para formar páginas muy semejantes á las de los libros modernos dejando márgenes por ambos lados, por arriba y por abajo; entonces era cuando los copiantes empezaban á escribir la obra en estas páginas; sirviéndose de una cañita cortada á la manera de las plumas que ahora usamos, y de una tinta que por lo regular se componia de goma y humo de pez. Escribíase solo por un lado de la tira ó cinta, de izquierda á derecha, como nosotros, y disponiendo las palabras y renglones de la misma manera que ahora usamos: asi es que el tomo ó libro tenia el principio á la mano izquierda del lector, y la última página venia á caer por consecuencia á la mano derecha que era el otro estremo de la tira. Esta última página se pegaba muy bien por el márgen de la derecha en un pedazo de madera redondeado en forma de cilindro y un poco mas largo que lo que la cinta ú hoja que componia todo el libro tenia de ancho, ó por mejor decir, de alto: este cilindro era la pieza mas principal, el alma del tomo, porque en él se iba arrollando todo horizontalmente hasta venir á parar al estremo de la izquierda donde se habia pegado tambien una cubierta de pergamino fuerte que era la que ajustaba y cerraba el libro, cosa muy semejante á lo que aun en el dia suele hacerse con algunos mapas, estampas, &c. Esta cubierta de pergamino tenia ciertos cordoncillos que servian para sujetar el libro y que no se desarrollase; estaba ademas pintada por la parte esterior, donde en gruesos caracteres se leia el título de la obra; y la parte interior que precedia á la primera página escrita, se llenaba por lo comun con la dedicatoria, requisito indispensable de casi todas las obras romanas. Se ve, pues, que los tales libros eran mucho mas incómodos que los modernos, porque para haber de leer la postrera página era preciso desarrollarlo todo enteramente.

Tal era por lo jeneral la forma de los libros en la antigua Roma; pero luego entraba el mayor ó menor esmero, el buen gusto, la riqueza, el primor de la ejecucion, porque en muchos de aquellos volúmenes se veia brillar el lujo como sucede ahora en nuestras encuadernaciones. Se usaban tintas de vários colores; no era desconocido el arte de las viñetas que tanto se emplearon en la edad media para dar realce á las letras y hacer resaltar los títulos y finales de los cápitulos; se cortaban y pulian con primor; y luego segun el gusto é imaginacion de los libreros era la mayor ó menor belleza de las cubiertas que solian estar pintadas de colores purpurinos, con los títulos en letras de oro, y los cordones con toda la elegancia que permitia el estado de las artes. Algunas veces era el cilindro de marfil todo ó de ébano, pero regularmente solo se empleaban en los remates de él, con adornos de plata y oro, y no era raro el redondear estos remates en forma de boton, y guarnecerlos de perlas ó piedras preciosas; últimamente se perfumaban aquellos rollos con esencia de cedro para que exhalasen un olor agradable, y para preservarlos de los insectos.

Fácil es de comprender que siendo los libros de la forma que queda dicha, las bibliotecas antiguas debian estar dispuestas de muy diferente modo que las nuestras; y en efecto consistian en mucha séries de cajoncillos bastante hondos para colocar aquellos rollos como en un estuche. Con estas noticias se hace tambien menos estraña la prodijiosa fecundidad de algunos escritores antiguos, á quienes se atribuyen centenares y aun millares de volúmenes, pero es porque estos volúmenes apenas equivalian á la décima parte de los nuestros.

Ademas de estos tomos destinados á contener las producciones literarias, empleaban los romanos para sus cuentas domésticas y uso particular unos libritos bastante parecidos á nuestras carteras, y para sus apuntaciones unas tabletas de madera ó de marfil, con los bordes algo salientes, en que aplicaban una capa de cera alisada. Sobre esta cera escribian valiéndose de unos punzones ó instrumentos de cualquier materia dura, como hueso, hierro, cobre, oro, etc. agudos por una punta y aplastados por la otra; aquella les servía para trazar los caracteres y esta para borrarlos y volver á alisar la cera. De este instrumento llamado *stylus* viene nuestra palabra *estilo*, que por estension ha llegado á tener su actual significado.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE.

Sir Jorge Staunton dice que visitó á un hombre en la India que habia cometido un asesinato, el cual, con el objeto de salvar su vida, y lo que era de mas consecuencias para él, la de su familia, se sometió á la pena que le impusieron. Esta era, que habia de dormir por espacio de siete años en un tablado, sin colchon ni jergon, cuya superficie toda estaba cubierta de puntas de hierro como clabos, pero con la punta roma para que no penetrasen la carne. Sir Jorge le vió en el quinto año de su castigo, y la piel la tenia como la del Rinoceronte, pero mucho mas callosa; sin embargo; ya por entonces dormia bien en su *lecho de espinas* y aun manifestó, que á la conclusion del término de la sentencia, probablemente continuaria por eleccion un sistema, que la necesidad le habia obligado á adoptar.

L. G.

EL ARBOL DEL PAN.

Entre la variedad de árboles que ostenta la lozana vegetacion de las islas Marianas (1), hay uno que por su estrañeza y cualidades recomendables y hasta ahora infructuosas, merece llamar la atencion del naturalista, y ha sido efectivamente objeto de laboriosas investigaciones y causa de arriesgadas tentativas para aclimatarlo en Europa. Este es el árbol llamado *del pan*, nombre que debe á la forma, sabor y propiedades del fruto que produce, parecido en un todo á la útil preparacion de que hacemos nuestro principal alimento. No es pues de admirar que las personas instruidas que acompañaron al capitan Cook en sus viages, volvieran á su pais tan entusiasmadas con el árbol del pan, que no vacilaron en apellidarle "el vegetal mas útil de la tierra" añadiendo que no debian perdonarse gastos ni sacrificios para fomentar su cultivo. Con efecto, la idea de ver el pan, ese alimento tan nutritivo y esencial para el hombre, crecer espontáneamente como cualquier otro fruto, era bastante seductora para causar una sensacion vivísima, y lo que sí se hace estraño es que los descubridores de aquellas islas no hayan hecho mencion de este árbol extraordinario, especialmente cuando se sabe que los naturales hacen de él su principal alimento; á no ser que en la relacion de sus viages lo confundiesen con el coco (1) á pesar de la diferencia notable que hay entre ambas producciones. Lo cierto es que las primeras noticias que existen del árbol del pan las debemos al capitan de navío Dampier en 1688.

Este árbol que representa el grabado á la cabeza de este artículo, es del tamaño de una de nuestras encinas regulares. Su copa es ancha y muy poblada, las ramas gruesas, y la hoja de un verde oscuro. El fruto es redondo, del tamaño de una media libreta, y su corteza es en lo granujienta parecida á la de la naranja aunque mas áspera. Cuando está maduro el fruto es amarillo y tierno, y su sabor harinoso es muy grato al paladar. Los naturales de las islas Marianas lo usan como pan. Lo recojen

(1) Estas islas llamadas tambien *de los Ladrones* fueron descubiertas por el célebre navegante Fernando de Magallanes, natural de Oporto en 6 de marzo de 1521. Hállanse situadas no lejos de la costa oriental de Asia, entre los 12° 40' y 13° de latitud N., y los 149 de longitud E. por el meridiano de Madrid.

(1) *Aquellos indios se alimentaban de cocos, ñames y algun arroz.* Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, *por don Martin Fernandez de Navarrete, tomo IV, pág.* 53.

despues de que ha adquirido todo su volúmen pero antes de madurar y lo cuecen al horno, con lo cual la corteza se pone cuasi negra: raspan la parte esterior de ella, y queda una segunda corteza tierna y sabrosa: lo interior del fruto es tambien tierno y blanco como la miga del pan, y es todo sustancia pura sin mezcla de pepitas, hueso ni simiente. Para hacer mas completa la analogía de esta produccion con el pan, es preciso comerlo en el dia mismo en que se cuece, pues al siguiente se pone duro. Se da esta fruta durante ocho meses del año y su cultivo no es difícil, pues se reduce á descubrir una de las raices y calzarla de tierra: al poco tiempo se presenta un retoño que puede transplantarse.

Un árbol tan útil y de tan fácil cultivo no podia menos de llamar la atencion del público en general y con especialidad de los colonistas europeos que viven en rejiones bastante cálidas para su aclimatacion. Con efecto á mediados de noviembre de 1787 se equipó en inglaterra un buque al mando del teniente de navio, despues Almirante Bligh que habia acompañado á Cook en su último viaje, con el objeto único de que pasase á Otahiti é hiciese provision de estacas y retoños del árbol del pan debiendo trasportarlos en seguida á las islas de Santa Helena, S. Vicente y Jamáica. Llegó á Otahiti el dia 25 de octubre del año siguiente, y no perdió un instante en poner en ejecucion las instrucciones que llevaba. Cortó los vástagos que salian de las raices laterales del árbol, y envolviéndolos en tierra fresca y húmeda, los colocó en tiestos que llevaba para este fin. Formó así una coleccion de 1015 estacas vivas, empleando en esta operacion hasta el 3 de abril de 1789, y dió á la vela el dia 4 despidiéndose de los naturales con quienes durante su residencia estuvo en buenas relaciones. Hasta aquí todo habia sido próspero, pero pocos dias despues estalló á bordo una conspiracion que hubo de costar la vida á Bligh; algunos de los amotinados por un resto de afecto ó respeto hácia su comandante le metieron en un esquife con algunos marineros que se mantuvieron fieles, y provistos solo de escasa vitualla, un cuadrante, una brújula y otros instrumentos de navegacion los abandonaron á la merced de las olas. Al cabo de algunos dias y no sin grandes sufrimientos arribaron á la isla de Timor, donde el gobernador de la colonia holandesa les facilitó toda clase de socorros.

No desmayó Bligh por este contratiempo sino que habiendo regresado á Inglaterra, emprendió un nuevo viaje á Otahiti en 3 de agosto de 1791. Esta segunda tentativa fue mas afortunada que la primera pues consiguió traer y aclimatar en las islas de Jamáica y S. Vicente gran número de pies del árbol del pan. Sin embargo sea por la diferencia de temperatura ó por otras causas desconocidas aun, no se han conseguido las ventajas que parecia prometer la adquisicion de este útil vejetal.

A. V.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.